

rá acaso el amor á la tierra donde se nació nuestra cuna, refrescada por los aires embalsamados de nuestros campos? ¿Será tan sólo la vista de nuestro cielo tropical iluminado siempre por torrentes de luz esplendorosa? ¿Será el recuerdo de nuestros padres cuyos huesos blanqueados por la intemperie yacen esparcidos en desorden en los osarios de los cementerios ó religiosamente conservados en el obscuro hueco de las tumbas? Mucho es esto en verdad; pero ¡ah! la triste experiencia nos enseña que por grandes que sean tales motivos, no son doloroso es confesarlo, no son suficientes para inspirar el patriotismo y la abnegación. Cuando los intereses materiales y las pasiones políticas hablan con voz haflagadora al corazón, el patriotismo que no está inspirado y sostenido por la idea religiosa, languidece y cae.

La unidad religiosa es, pues, nuestra única salvación. Entiéndanlo bien aquellos de nuestros conciudadanos que hasta ahora han estado haciendo esfuerzos por romper esa unidad. ¡Quiera Dios que no tengan que llorar sus extravíos en un porvenir quizá no lejano!



## ¡RESUMAS!

PAR PAUL FEVAL.

(Bibliografía.)

### I

Paul Féval, el amigo y cofrade de Dumas, de Balzac, de Soulié y de Eugénie Sue, á cuya triste celebridad aspiraba y casi había logrado alcanzar; el ligero novelista cuyo largo camino sembró, como él mismo dice, de tantas páginas frívolas que han servido de juguete al viento; el joven escritor, en fin, que inauguró su carrera literaria filiándose en ese ejército de literatos superficiales, adoradores de la forma, que poseídos de las preocupaciones anticristianas ó tocados, cuando menos, de



indiferentismo religioso, cuya semilla esparció en el mundo de las inteligencias la mano traidora y homicida de Voltaire y los filósofos de su tiempo; Paul Féval, de cimos, ha sentido despertarse su clara inteligencia que, sorprendida en el lecho angustioso de la duda por los rayos luminosos de la verdad, se ha levantado ávida de contemplar los fulgores de la luz y de gozar el suave y vivificante calor que comunica. Sí, Paul Féval se ha convertido de todo corazón al catolicismo y de su brillante pluma no volverán á salir esas páginas frívolas é insustanciales en las que "el nombre de Dios es honrado vagamente y la religión nombrada siempre en vano." Su talento privilegiado, consagrándose desde luego á estudios más serios, ha comenzado á producir obras de género muy distinto á sus primeros trabajos obras que serán otros tantos monumentos levantados en el camino que aun le queda por recorrer en el desierto de la vida y que servirán, al par que para narrar las glorias del Señor, para servir de guía y de descanso á los pobres viajeros que van en busca de la ciudad santa, de la celestial Jerusalén.

Apenas convertido Paul Féval, pasea su mirada de águila, libre ya de las sombras del indiferentismo, por los campos dilatados de la Iglesia de Dios, y se posa y des-

cansa en la contemplación de la fortaleza más grandiosa é inexpugnable que, colocada en las fronteras mismas de los campos enemigos, eleva hasta el cielo sus altos muros y sus arrogantes y gallardas torres; examina sorprendido los batallones sagrados que en eterna lucha con las legiones infernales, libran constantemente mil y mil sangrientas y porfiadas batallas en defensa de la Casa de Dios, y su corazón late de entusiasmo al contemplar la enérgica bazarria, el valor sublime y temerario de la guardia de honor que camina siempre firme y resuelta llevando la vanguardia de ese ejército misterioso que desprovisto de armas materiales, sin derramar nunca más que su propia sangre, vencido siempre, resulta sin embargo siempre vencedor: y del pecho del novelista no puede menos que escaparse un grito de admiración al reconocer en el castillo inexpugnable á la Compañía de Jesús y á los jesuitas en la guardia de honor que marcha en las primeras filas del ejército. ¿Cómo? Es á los jesuitas á quienes la Iglesia confía los puestos más avanzados, más peligrosos y de más difícil defensa? ¿Son los jesuitas, cuyo nombre ha convertido el mundo en sinónimo de hipocrecía y en padrón de infamia, los veteranos que combaten en la vanguardia del ejército de Dios? ¿Qué misterio es éste? Pero los enemigos de la Igle-



sia, sin darse cuenta de ello, se encargan de explicar al admirado escritor aquel extraño enigma. En efecto, la rabia constante que anima á la impiedad contra la Compañía de Jesús, la guerra implacable, jamás interrumpida, que contra ella sostiene el protestantismo y todas las demás sectas disidentes, todo ese cúmulo inmenso de injurias y de calumnias que se vomitan sin tregua contra los hijos de Loyola, son el rayo de luz que ilumina á los ojos de Féval el cuadro de la verdad que hasta entonces había permanecido para él envuelto en las sombras, escondido en las tinieblas; y su razón perspicaz y poderosa, su talento analítico y observador, auxiliado por la buena fe y la honradez que afortunadamente no llegó á perder, halla en esa misma rabia, en esa misma guerra, en esas injurias y calumnias la clave del enigma. Nada más sencillo. Paul Féval recuerda que lo que más se teme es lo que más se aborrece: que al enemigo débil se le desprecia, pero que al fuerte y poderoso se le tiene siempre presente y se le combate con todas las armas y sin tregua. Ahora bien, ¿por qué la impiedad relega fácilmente al olvido á otras asociaciones católicas y emplea todo su encono con ardoroso encarnizamiento contra la Compañía de Jesús? Indudablemente porque es esta la falange enemiga más temible y poderosa, más va-

liente y resuelta, más santa y magnánima. Y hé aquí cómo Paul Féval se explica por qué la fortaleza más avanzada y próxima á las posesiones enemigas es la Compañía de Jesús, y por qué los jesuitas forman la guardia de honor del Jefe de la Iglesia y marchan á la vanguardia de sus ejércitos.

Y así como antes de su conversión una calumnia descubierta en las páginas de un libro de Pascal, le conduce al estudio reposado y serio de la verdad respecto de los jesuitas, "y á que recibiera esa luz que fué, gracias á Dios, el prelude de su amada conversión," después de ésta, la grandeza y magnanimidad de la Compañía, su ciencia vasta y profunda, sus virtudes heroicas y sublimes, su absoluta y maravillosa humildad, su abnegación sin ejemplo, y, sobre todo, su energía y constancia en la lucha contra la impiedad, le explican fácilmente la razón de ese odio implacable de esa guerra sin tregua que los enemigos de la Iglesia sienten y sostienen principalmente contra la Compañía de Jesús. Al volver, pues, Paul Féval al seno de la Iglesia, en cuyo regazo maternal sintió deslizarse dulces y tranquilos los días de su infancia, no halla con razón objeto más digno ó sus santas meditaciones, ni materia más noble y levantada para emplear los bríos de su inteligencia, que cantar las glorias inmarcesibles de esa Compañía



maravillosa, que proclamar en favor suyo la verdad cuyo rostro es incesantemente obscurecido y desfigurado por los golpes alevosos de la impiedad y reivindicarla contra las calumnias más cínicas y atroces.

Pone Paul Féval manos á la obra y dedica sus mejores horas al estudio y composición de una "Historia general de los Jesuitas;" pero como este trabajo es largo y penoso, y las impaciencias de su generoso corazón le exigen proclamar cuanto antes á la faz de los hombres la verdad de los hechos adulterados, brota de su pluma un precioso libro, al cual pone por título el sarcástico grito de los impíos: "Jesuitas!"

Esta es la obrita de la cual ensayaremos dar á nuestros lectores siquiera una idea, ya que nuestras débiles fuerzas nos impiden examinarla y comentarla extensa y acertadamente.

Tenemos á la vista la primera edición española de la obra de Paul Féval, traducida por D. E. y D. J. B. de Hinojosa, impresa en Madrid el año próximo pasado de 1877. Es un tomo en octavo mayor que comprende 429 páginas.

Se divide la obra en siete capítulos que

comprenden la historia de la fundación de la Compañía de Jesús, la de los primeros Padres de la Compañía, una ojeada sobre las misiones, la relación sucinta de las maquinaciones y atrocidades cometidas con los jesuitas por los tristemente célebres primeros ministros Pombal, del Rey, de Portugal; Choiseul, del de Francia; Aranda, del de España; Tanucci, del de Nápoles, y Felino, del duque de Parma; y concluye en el último capítulo con algunas reflexiones generales sobre la Compañía, su restablecimiento por Pío VII y lo urgente que es sostener contra la barbarie "la muralla de la casa de Jesús."

La obra no es, como pudiera pensarse, un compendio de la historia de los Jesuitas, sino más bien, como dice el autor, "una página arrancada al recuerdo de los crímenes que componen la historia de los enemigos de la Compañía;" es un ligero bosquejo en que están contenidas en germen todas las ideas que más tarde ha de explanar y "la reseña del glorioso nacimiento de una institución sublime opuesta al siniestro origen de un horrible desastre" (el protestantismo.)

"En él, añade el autor, se indica el camino seguido por una obediencia nunca desmentida; él da á conocer el ruego heroico de Loyola correspondido por el milagro de una persecución sin tregua y sin



fin; él deja ver cómo durante más de dos siglos el centinela apostado por el voto de Montmartre ha permanecido en su sitio sobre el camino de la revolución, y como habiendo sido asesinado un día por los mismos á quienes guardaba, pudo la revolución abrirse camino y apoderarse de la enseñanza.

Él dice á los hombres de buena voluntad perezosos ó tímidos: "vigilad y tened ánimo cuando se trate de la enseñanza, pues la enseñanza es la brecha por donde se introduce vuestra ruina." Todavía les dice más: "Los pueblos, las clases, los partidos que por no morir venden el soberano derecho de escoger los maestros de sus hijos, mueren también, mueren más pronto, y mueren deshonrados."

"Este libro será, dice en otra parte, á menos que la ejecución no corresponda al pensamiento, el boceto, trazado en ancha escala, de mi gran cuadro, "La historia general de los Jesuítas," que terminaré si Dios me da fuerzas y vida. Necesito fijar de antemano las líneas principales y las perspectivas. Mi trabajo actual será, pues, sólo un bosquejo hecho con lápiz, ó para hablar sin metáforas, un resumen ligero pues que ha de reducirse á un volumen. Pero en este estudio hecho en globo, me propongo hacer resaltar ciertos hechos capitales: justamente aquellos que han ser-

vido principalmente de materia á los calumniadores, y que forman, por decirlo así, la leyenda de la calumnia.

Hemos dado una ligera idea del conjunto de la obra. En otro artículo nos ocuparemos en decir algo acerca de las diversas partes que la componen.

## II

Comienza su libro Paul Féval con algunas "Noticias Preliminares," en las que refiere los motivos que lo han impulsado á dar á luz su obra, el plan de ésta y la razón porque la tituló "¡Jesuítas!" ocupándose en este primer capítulo en hacer algunas reflexiones sobre la constante lucha que ha existido siempre entre el mal y el bien, entre la Iglesia y las puertas del infierno; llama la atención sobre un hecho que á primera vista pudiera parecer un absurdo ó una paradoja y que sin embargo no es más que la verdad, á saber, que todo lo que se hace contra Dios es para la gloria de Dios, que los que defienden á Dios y á su Iglesia no sostienen en realidad más que los verdaderos intereses de los perseguidores de Dios y de la Iglesia, lo cual sucede también en el proceso de la Con-



pañía de Jesús; refiere cómo después de quince siglos de la Natividad del Verbo, nacieron en el seno mismo del Cristianismo hombres que pretendieron destruir la obra de Dios, y cómo fué entónces que nació al mismo tiempo San Ignacio de Loyola, ese hombre extraordinario, destinado á herir de muerte á la bestia de la rebelión, y concluye, en fin, el autor señalando las dos necesidades apremiantes que tiene su país, necesidad que, á nuestro juicio, experimenta también el nuestro, y aun puede decirse que todo el mundo moderno: la necesidad de aprender la obediencia y la de volver á Dios de quien nos hallamos olvidados. En consecuencia, Paul Féval opina que si la Francia muere, morirá por falta de religión, de disciplina y de abnegación; motivo por el cual se propone él referir la historia de esa admirable Compañía de Jesús, que es ejemplo vivo de piedad, de obediencia absoluta y de una abnegación que no tiene límites. Este capítulo contiene también algunas revelaciones que son de grave importancia y que enseñan una vez más cuán mezquinos y criminales son los móviles que impulsan á menudo á los enemigos de la Iglesia á calumniarla y combatirla. Esto, á la verdad, no es nuevo: ¿quién no conoce los vergonzosos motivos que arrastraron á Lutero, Calvino, Enrique VIII y demás corifeos

de la llamada Reforma á levantar el estandarte de la rebelión y precipitarse en los abismos de la impiedad? sí, no es nuevo, pero una revelación y, sobre todo, una confesión más, no carecen de importancia para los intereses de la verdad ultrajada y de la Iglesia de Dios tantas veces escarnecida.

La revelación es esta: "Eugenio Sue, dice Féval, era uno de los aristócratas más encopetados que he conocido en mi vida: un verdadero sibarita á quien molestaba hasta el contacto de una hoja de rosa. Cuando el éxito extraordinario de sus "Misterios de París" le hubo condenado á la democracia, el doctor Veron le salió al encuentro y le dijo: "Se puede hacer un negocio loco atacando á los Jesuítas." "Y puso sobre su mesa cien billetes de mil francos."—; Tal fué, exclama con razón Féval, la elevada filosofía que presidió á la construcción de esta máquina de segar Jesuítas!

En seguida confiesa el autor que el director de un periódico parisiense, treinta años antes de su conversión, le propuso lo mismo que el doctor Veron á Eugenio Sue, ofreciéndole para atacar á los Jesuítas, una habitación llena de "Documentos." Paul Féval recibió los "documentos;" pero sólo sirvieron para obligarle á admirar "la humilde y magnífica procesión de hombres



ilustres que desde principios del siglo XVI, vencedores o mártires, han opuesto su pecho descubierto á todas las mentiras, á todos los despotismos, á todas las revoluciones, á todas las ferocidades, á todas las bestialidades." Sintió su noble corazón el deseo de arrancar la venda que cubre los ojos de todos esos infelices que viven engañados por el sofisma, proclamar la verdad en favor de la Compañía de Jesús y descubrir á la multitud el feo rostro de la calumnia más cínica y soez reflejarse en las páginas de multitud de obras frívolas y folletos insubstanciales; pero tuvo miedo de concitarse la animadversión de todas esas gentes que fabrican el éxito, tuvo miedo de las burlas de sus amigos, librepensadores como él, de perder su naciente popularidad, de "comprometerse" para siempre, y calló, calló los testimonios favorables á los Jesuítas que había encontrado buscando su condenación en los "documentos" del periodista parisiense absteniéndose, sin embargo, de aceptar el repugnante negocio que éste le proponía. ¡Cuántos hombres que no carecen de cierta honradez, consienten ¡oh Dios mío! en permanecer atados al poste de la mentira, solamente por temor de ser objeto de las burlas de los enemigos de la Iglesia!

En el segundo capítulo que titula "El primer voto," refiere Paul Féval con ese fácil y ameno estilo que distingue a los buenos narradores franceses, inimitables en este punto, las sencillas y conmovedoras escenas que tuvieron lugar en Montmartre, al tiempo de la fundación de la Compañía de Jesús.

No podemos resistir al deseo de insertar siquiera algunos párrafos que darán á nuestros lectores una idea de ese estilo bellísimo, de esas descripciones sencillas al par que exactas, poéticas y verdaderas que caracterizan la hábil pluma de Paul Féval. Hélos aquí:

"Antes de amanecer el día de la Asunción del año 1534, un cojo que á pesar de su enfermedad andaba con paso fuerte y acelerado, descendía por la gran calle de Santiago al barrio de la Universidad; vestía el traje de los estudiantes pobres, aunque aparentaba haber llegado por los años á la mitad de su vida, pero en vez del tintero que llevaban de ordinario los de su oficio, no tenía otra cosa al lado que su rosario. Una gruesa cuerda nueva pasada por encima de su viejísima capa, sostenía un morral de tela, arma excelente para andar de noche por París, mejor aún que la espada ó el palo, porque los rateros nunca saltean á los mendigos.



En el momento que costeaba nuestro estudiante el pretil del puente desierto, dieron las tres de la mañana en el reloj de la Santa Capilla.

Aquél torció los ojos hacia lo alto del Sena, poblado de casas negras, y saludó con la señal de la cruz la cuadrada mole de Nuestra Señora. Ninguna claridad anunciaba la aproximación del día.

Es la hora en que todo duerme en París, lo mismo en el siglo XVI que en el siglo XIX. Al atravesar la ciudad á lo largo de las callejuelas intrincadas á manera de una red que envuelven los mercados, nuestro estudiante, con su morral, no halló un alma hasta la puerta de Montmartre, colocada en los alrededores de la calle del Mallo; en la calle nueva de San Eustaquio se edificaron poco tiempo después las primeras casas sobre el camino de la ronda exterior, cuya tortuosa dirección conserva.

La barrera estaba cerrada. El guarda de noche preguntó al cojo: ¿Dónde va usted? El cojo le respondió: Voy á la capilla del Santo Mártir á celebrar la fiesta de la siempre Virgen María.

“El crepúsculo de la mañana no se veía aún, pero la luna inclinada al horizonte, dejaba caer en la campiña sus tenues res-

plandores, proyectando en ella la flecha de la abadía edificada por Suger, que se ostentaba en la llanura delante de las negras colinas de Montmorency, y enfrente de las cuatro torres redondas de la noble casa de Saint-Ouen, cuya campana sonaba echada á vuelo porque sus dueños los Caballeros de la Estrella, instituidos en 1351 por el Rey Juan, tenían obligación de celebrar asamblea plena en este día 15 de agosto, desde la hora de prima hasta el día siguiente después de las vísperas.

Nuestro cojo, aunque á la sazón llevaba morral, había sido también caballero anteriormente, si bien hacía bastante tiempo que vivía de una manera humilde lejos de las glorias del mundo, y no era á él á quien llamaban las campanas de la Noble Casa. El estaba destinado á fundar una orden caballeresca más ilustre que la del rey Juan.

Por el escarpado sendero de Fontanelle fué por donde ganó la cumbre de Montmatre.

Reinaban todavía las sombras, cuando al llegar á lo alto ocupado por el cementerio detrás de la iglesia parroquial, en el lugar donde se excavan ahora los cimientos de la basílica ofrecida al Corazón de Jesús por el voto de Francia, se detuvo fatigado, miró en torno suyo, y exclamó: Soy el primero en acudir á la cita.



Y se puso á descansar, no sentado ó recostado, sino de rodillas, para rezar el Rosario.

Todo era silencio en aquella desnuda cresta; sólo el viento de las noches de estío pasaba dulce y sereno. Aún dormía la aldea de Montmartre, que derramaba sus primeras casas á derecha é izquierda de la iglesia. Nada se veía sobre la redonda superficie de la cuesta entre nuestro estudiante y el muro del cementerio sino algunos bultos negros é inmóviles: piedras quizá como aquellas de que están sembrados los campos druidicos.

Sonaron las cuatro en el reloj de la iglesia, y en seguida el repique de la abadía llamó al oficio de maitines.

Entonces levantóse uno de los bultos que parecían piedras, después dos, después todos. Eran seis, y levantándose á su vez el estudiante cojo, exclamó: bendito sea Dios, créame el primero, y he sido el último.

Al levantarse el sol iluminó á aquellos jóvenes que rodeaban á nuestro estudiante el cual era de más edad que ellos, y tenía el aire de un maestro en medio de sus discípulos. Desde ahora, no podremos ya designarle con el título de estudiante, pues todos los demás, excepto uno que era sacerdote, vestían como él el traje de su pequeña familia escolar, que seguía sus estudios en la Universidad de París.

Sólo el sacerdote parecía hijo de Francia; los otros, incluso el cojo, mostraban en su morena tez el sello de la raza española, que á la sazón partía con nosotros el imperio del mundo. Carlos V era emperador; Francisco I, rey. Colón acababa de descubrir una mitad desconocida de la tierra.

En Roma, Alejandro Farnesio, bajo el nombre de Paulo III, sucedía á León X sobre el trono de San Pedro.

En este año de 1534 contaba Lutero cincuenta años, Calvino treinta y tres, y el cojo, cuyo morral, siendo ya de día, dejaba ver á través de su tela negros pedazos de pan recogidos mendigando, frisaba en los cuarenta y siete años.

¿Por qué recordar la edad de este pobre juntamente con la edad de Lutero y la de Calvino? Porque este pobre fué él solo más grande y fecundo en el bien que Lutero y Calvino reunidos fueron fecundos en el mal.

Llamábase Ignacio de Loyola.

Había sido soldado y conócíasele: la traza de su valor indomable resplandecía á través de la humildad de su conversión.

Pero también era un pensador, y su despejada frente tenía la clara extensión de las cabezas predestinadas.

Notábase algo del águila en su actitud, cuyas líneas enérgicas reflejaban como



con dificultad la inmensa dulzura que ayudado de Dios había hecho entrar en su corazón, todo lleno de guerrera saña el día que fué tocado por la gracia. Aunque su semblante tenía un carácter de generosa elevación, en sus ojos sobre todo, era donde brillaba la belleza de su alma: su mirada inspiraba respeto y atraía al mismo tiempo, porque ostentaba á la par el poder y la ternura.

Habían transcurrido trece años desde el sangriento sitio de Pamplona, donde se encontró vencido en su victoria después de la refriega de doce horas, que pasó rugiendo y batiéndose como un león.

Estos Loyola, señores de Oñés, eran de raza cántabra y duros en el combate como el acero de sus espadas. Ignacio, lucido capitán, antiguo paje del Rey Fernando, joven, ambicioso, altivo y amado, hallábase bajo la mano de Dios, que le tenía encajado sobre el lecho desde donde podía oír el ruido de las batallas. Dícese que pidió á los que le asistían, libros de caballería para engañar sus penas; y le dieron las historias de algunos mártires, entre otras, las actas del glorioso Rey de todos los mártires: "La Pasión de Nuestro Señor."

Corre en Guipúzcoa la tradición de que Ignacio se hallaba por aquel entonces, rendido del amor á una doncella hermosa y rica, cuya mano le estaba prometida. Cuan-

do hubo acabado de leer la "Pasión," referida por el Apóstol San Juan, arrancó de su corazón la imagen de aquella persona tan querida, y poniendo sus labios sobre una medalla de María, Madre de Dios, hizo voto de dedicar su alma al servicio de la fe, y su cuerpo á la castidad, diciendo: "Héme aquí caballero del grande amor y soldado de la única gloria verdadera."

Refiere en seguida el autor la admirable vida de San Ignacio, desde el momento de su conversión, hasta aquel en que citó á sus primeros discípulos para reunirse en la cumbre de Montmartre, y luego continúa:

"En el horizonte que se veía reinaba la soledad. El despertar de París envuelto en una bruma, no producía otros rumores que las voces de sus campanas pregonando y recordando la dulce gloria de María, Madre de Jesús, así á los que la aman, como á los que dejan endurecer sus corazones con el olvido de su nombre.

En aquel entonces, París distaba bastante de Montmartre; sin embargo, creíasele ya muy grande, y no era en medio de la vasta llanura más que un grupo grande de casas apiñadas confusamente alrededor de las negras torres de la magnífica Catedral.

Remataba al Oriente en los jardines de San Pablo á larga distancia de la Bastilla, que con sus torres apareadas á manera de